



bam
bú

La Tribu

Anne-Laure
Bondoux

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

La Tribu © 2005 Bayard Éditions Jeunesse
© 2008, Editorial Casals, S.A.
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com

Título original: *La Tribu*
Traducción: María Teresa Gallego Urrutia

Diseño de la colección: Miquel Puig
Diseño de la cubierta: Miquel Puig

Primera edición: abril de 2008
ISBN: 978-84-8343-045-3
Depósito legal: M-4731-2008
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S.L. –Fuenlabrada (Madrid)

No está permitida la reproducción total o parcial
de este libro, ni su tratamiento informático, ni la
transmisión de ninguna forma o por cualquier
medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia,
por registro u otros métodos, sin el permiso
previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

1 Una desaparición inquietante

Polo apoya las patas en el borde del cajón y asoma la cabeza. Levanta el hocico y aspira con deleite los olores del puerto: la sal, el fuel, el caucho quemado y la herrumbre, reveladora de la presencia de los buques mercantes. «Está visto –se dice, desmerezándose– que no hay mejor lugar en el mundo para una rata joven.» Los hombres abandonan a diario en los muelles una cantidad de desperdicios suficiente para alimentar a toda la tribu. Polo nunca ha pasado hambre desde que nació. La vida le resulta fácil. Comer y dormir, no necesita nada más.

Pero el sol asoma por el horizonte y los fulgores del alba tiñen de rojo el agua del puerto. Dentro de un momento, la actividad de los hombres hará que este lugar sea demasiado peligroso para andar de paseo. Es tiempo de volver a casa.

Con el estómago pesado, Polo trepa torpemente y consigue pasar por fin por el agujero del cajón. Cae del otro lado



y emprende un trotecillo entre los cables de acero enrollados en el muelle. La pasada noche se ha alejado del nido más de lo que suele. Aunque no haya salido nunca aún de la dársena, cada día se siente más audaz. Y ¿quién sabe? ¡Es posible que tenga pronto valor suficiente para rebasar los últimos pontones y encaminarse hacia la ciudad!

Pero, por el momento, aprieta el paso, impaciente por reunirse con su tribu y volver a la seguridad del nido. Allí lo esperan su madre y sus hermanos, y todos los demás. Cruza una pasarela, se cuela por entre las amarras de un remolcador y hace un eslalon entre las gigantescas bases de las grúas. Ya está: cobertizo a la vista. Recorre los últimos metros a toda velocidad. Luego, sigue a lo largo de la pared y dobla la esquina antes de dar con la chapa torcida que usan de puerta los de su raza.

Al llegar ante la abertura, se para, alerta. Un silencio poco habitual planea en el cobertizo. Presa de una vaga inquietud, Polo olfatea, al acecho de algún peligro. Pero, como no nota nada preciso, se decide por fin a entrar.

En el cobertizo todo parece tranquilo... e incluso demasiado tranquilo.

Polo avanza con prudencia hacia la entrada de la tubería que conduce a la madriguera. Allí olfatea de repente un olor desconocido. No es ni el de un gato ni el de otra rata, ni el de un humano... Es un olor nuevo y no puede decirse que resulte desagradable.

Vacila un momento, erguido en las patas traseras. Por fin se cuela por la canalización y llega al corredor de tierra excavado bajo el cobertizo. El olor desconocido sigue

ahí. En cambio, no nota el bullicio que reina aquí todas las mañanas al regreso de la expedición en busca de comida. ¿Por qué no corren de un lado para otro las hembras para alimentar a las crías?

Polo está cada vez más preocupado. Se adentra en la madriguera, con el hocico apuntando hacia adelante, y explora todos los recovecos. Reconoce el tufo a orina, a cacas, a restos de comida. Pero ¿dónde están las ratas de la tribu? Polo suelta un chillidito y aguza el oído. Nota un escalofrío ante aquel silencio glacial. El corazón le late con fuerza. Da otro chillido, corre en una dirección, luego en otra, y, cuando llega por segunda vez al final del nido, tiene que rendirse a la evidencia: allí no queda nadie.

Solo en la madriguera desierta, Polo siente miedo. Da unas cuantas vueltas, incapaz de decidirse a algo. Piensa en su madre, en sus hermanos. Querría que hicieran acto de presencia, querría buscar refugio junto a ellos. Pero no sucede nada. El silencio lo envuelve todo, misterioso y aterrador.

En un súbito ataque de pánico, Polo corre hacia la salida. Tropieza en las revueltas de la tubería y se hiere los costados con las rejillas que pusieron los hombres para que no entrasen las ratas. Cae, por fin, en el suelo del cobertizo y se abalanza fuera, acechando alguna señal, algún rastro que hubiera dejado su familia.

Sin preocuparse de los hombres que trajinan en los barcos, se encamina al extremo del muelle. De pronto, divisa una bolita de pelo gris que yace entre las ruedas de un artilugio de carga detenido. Con el corazón palpitante, se cuela bajo el vehículo. La bola de pelo sigue quieta. Polo

se acerca, la huele... ¡Es Memoná, la hembra más vieja de la tribu! Polo le lame el hocico y la zarandea, con ilusa esperanza. Se mueve un poco. ¡No está muerta! Polo se acurrucó junto a ella e intenta que se le calmen los latidos del corazón.

Memoná está muy débil. Le sale del cuerpo un curioso olor dulzón. Polo se frota contra ella e intenta que entre en calor. Memoná lanza un débil quejido y alza la cabeza. Tiene, en los ojos entornados, una tremenda tristeza que se tiñe de alivio al ver a Polo.

—¿Dónde están los otros? —pregunta éste.

Memoná gira la cabeza hacia el cobertizo. No le quedan fuerzas para hablar.

—El nido está vacío —añade Polo—. ¿Dónde están los otros?

Memoná vuelve a dejar caer la cabeza, pesada como un leño. Polo le pone el hocico en los costados jadeantes. A ella le cuesta respirar. Al cabo de un momento, vuelve a abrir los ojos y endereza otra vez el hocico hacia Polo. Por la forma en que lo mira, Polo comprende que ha pasado algo tremendo.

—Los hombres... —suspira la hembra vieja.

Polo se endereza de un brinco. ¡Han venido los hombres! ¡Han capturado a su tribu! Pero ¿cómo? ¿Y por qué? Empieza a dar vueltas alrededor de Memoná lanzando chillidos desesperados. Pero ella parece no hacer caso del lamento de Polo. Está ya en otra parte.

Memoná recurre a toda la energía que le queda para arrastrarse por los adoquines. Se aferra a las irregularidades

del suelo para avanzar. Resopla y lanza gruñidos. Polo la sigue, desvalido. No entiende nada de lo que está pasando. Ve que Memoná sufre y no sabe qué más puede hacer. La rata vieja ya ha rebasado las ruedas del vehículo y reptaba ahora al descubierto, dirigiéndose hacia el borde del muelle.

Pero, a pocos pasos del agua, el cuerpo se le pone tieso. Ya no puede moverse. Polo arrima el hocico y le da un mordisco suave. Memoná da un respingo y estira el cuello hacia el agua. Tiene un velo opaco ante la vista, como si mirase el mundo a través de un cristal grueso. De repente, abre la boca y se le ven los dos colmillos desgastados de la mandíbula inferior.

–Están todos muertos –dice–. Y yo también. Eres el último...

Polo se estremece. Le parece como si la tierra se le abriera bajo las patas.

–No –susurra–. ¡No puedes dejarme!

Memoná le lanza una mirada ida:

–No te fies de los... hombres. El va...por...

Sin fuerzas ya, la rata vieja lanza un suspiro y deja caer la cabeza en los adoquines del muelle.



2 La forastera

Polo empieza a arañarle los costados a Memoná, con la esperanza de que vuelva a reaccionar. Al no obtener resultado alguno, acaba por quedarse quieto. Entonces es cuando se acuerda de haber visto un día el cadáver de una hembra joven a la que aplastó un caja que se desplomó en el cobertizo. La estuvo oliendo mucho rato. Brotaba de ella ese olor un tanto dulzón, ese tufo a muerte que le sale ahora del cuerpo a Memoná. Polo lanza un chillido agudo, un sonido que le sube desde las entrañas, que le silba en la garganta y le sale fuera como un sollozo. Acaba de darse cuenta de que Memoná no volverá a moverse nunca.

En ese preciso instante, lo sobresalta la queja de una bocina de niebla. Entre las ruedas de un camión ve pasar el casco de un mercante que corta el agua aceitosa del puerto. La mañana está muy entrada ya. El sol calienta los adoquines.

Las últimas palabras que ha dicho Memoná le retumban a Polo en la cabeza aunque no consigue entenderlas. ¿De qué vapor hablaba? ¿Cómo pudieron los hombres matar a toda su tribu? Polo no está ya seguro sino de una cosa: a partir de ahora está solo en el mundo. Y no puede quedarse donde está.

Agarra con los dientes a Memoná, por una oreja, y empieza a arrastrar el cuerpo. ¿Hacia dónde? No lo sabe. Se siente colmado de rabia y desesperación.

El cadáver pesa. Polo tropieza en los adoquines separados. Se acerca, andando de espaldas, al borde del muelle y el esfuerzo le arquea el lomo. Las patas arañan el suelo, derrapan, pero consigue izar a la rata vieja hasta el reborde, en la vertical del agua. A pocos centímetros del borde encuentra un agujero lo bastante grande para que quepan en él dos ratas. Se dispone a arrastrar hasta allí a Memoná, pero de pronto lo distrae el grito de un hombre. ¡El grito de un hombre y, tras él, los grititos despavoridos de una rata! Allí, precisamente detrás de las ruedas del camión, ve las piernas de un humano. Y, entre esas piernas, una rata que se ha dejado acorralar contra unos contenedores metálicos. El hombre va armado con una pala. Asesta el primer golpe y no le da a la rata por poco.

Sin pararse a pensar, Polo sale disparado. Corre, se cueba bajo el camión... ¡En el preciso instante en que el hombre va a bajar la pala por segunda vez, salta y le muerde el tobillo con fuerza!

El hombre suelta un alarido de sorpresa y de dolor. Apenas si le da tiempo a volverse. Polo vuelve a hundirle los

dientes en la carne a través de la tela del pantalón. El hombre sacude la pierna y lo manda, rondando, a dos metros. La otra rata escapa y empieza a correr haciendo eses hacia el borde del muelle mientras el hombre, en el colmo de la ira, se arroja sobre Polo. La pala le cae precisamente delante del hocico. Polo nota el olor a metal recalentado y a sudor humano. Le late el corazón como si se le fuera a salir del pecho. Da un brinco, le pasa por entre las piernas a su adversario y sale también él como una centella hacia el agua. Encuentra el agujero, en la vertical del muelle, y se abalanza dentro.

Allí, en la oscuridad, nota la presencia de la rata a la que acaba de salvar. Polo se acurruca en lo hondo del agujero, apretado contra esa forastera que aún tiembla de terror. Por el olor, Polo se da cuenta de que se trata de una hembra joven. Hace ademán de huir, pero en el momento en que se dispone a salir del agujero, los pasos del hombre retumban en la superficie. Refunfuña y pega con la pala en los adoquines. Despavorida, la hembra joven vuelve al escondrijo, junto a Polo. Las dos ratas no se atreven ya a respirar.

Hay un silencio y el raspar de la pala en el muelle.

El hombre grita algo.

E inmediatamente después, el cuerpo sin vida de Memoná pasa ante la abertura del escondrijo. Polo oye un ruido de agua. Se acerca velozmente al borde del agujero... con el tiempo justo para ver cómo desaparece el cadáver de la rata vieja en la agua oscura.

El hombre escupe con asco. Luego, se aleja.

Polo se queda donde está, con un ataque de vértigo. Lo fascinan los últimos círculos que ha hecho en el agua la caída de Memoná. La rata joven se reúne con él por fin. Se asoma también hacia el agua. Roza a Polo con timidez con la punta de los bigotes. Él da un respingo y la mira. ¡Acaba de salvarle la vida y, sin embargo, no es sino una extraña! La rata parece agradecida, pero tiene los ojos llenos de preguntas. No entiende por qué Polo ha acudido en su ayuda. Los gritos agudos que lanzaba eran para avisar del peligro a las otras ratas y que huyeran.

La tranquilidad ha vuelto por los alrededores. Las dos ratas se quedan un buen rato observándose en silencio y olfatean sus respectivos olores.

–Me llamo Nil –dice por fin la hembra.

Polo sabe ya que no vive en una tribu del puerto. No conoce sus señales olfativas. Seguramente procede de la ciudad y debió de quedarse separada del grupo durante la expedición nocturna.

Nil asoma fuera el hocico y olfatea en la dirección del viento, impaciente por salir de ese lugar hostil y recuperar su sitio dentro de su tribu. Inmediatamente antes de irse, se vuelve hacia Polo. Es como si lo invitase a seguirla.

De repente, sale del escondrijo, se agarra al reborde del muelle y desaparece. Polo mira, abajo, el agua del puerto. Está callado, es incapaz de pensar en nada. Le pasa un escalofrío por el espinazo. ¿Para qué quedarse en el puerto? Ya no tiene nada que hacer aquí. Le ha cambiado toda la vida ahora que su familia ha muerto. Y entonces, de repente, se decide: ¡sí, va a seguir a Nil!

Sube al muelle a toda prisa y la ve: va hacia una boca de alcantarilla que está detrás del cobertizo. La alcanza en un abrir y cerrar de ojos y se interna, tras ella, en la red oscura de las canalizaciones de la ciudad.



3 En el vientre de la ciudad

Polo y Nil avanzan con rapidez por la red subterránea. Aún hay una débil claridad diurna en las paredes. Cuanto más bajan, más gruesa es la capa calcárea que las cubre, hasta tal punto que, en algunos lugares, las alcantarillas parecen grutas. En el techo de los corredores han crecido estalactitas verdosas. Polo ve el balanceo del rabo de su acompañante, al ritmo de la bajada. Aspira el tufo a agua corrompida, a barro y a metal oxidado. Pronto, los ojos no le servirán ya de ayuda. Tendrá que guiarse por el olor y por las sensaciones táctiles de los bigotes.

Nil, entretanto, se dirige hacia el sur a paso veloz y Polo deja, como un sonámbulo, que lo guíe por tuberías estrechas. De tanto en tanto, están en mal estado y el agua a presión brota de los agujeros. Al cabo de unos pocos cientos de metros, las dos ratas están empapadas.

Nil se para de pronto. Se yergue, levantando el hocico. Aquí se unen varias alcantarillas y las canalizaciones desembocan en un canal más ancho. A lo largo del caudal nauseabundo y espumoso de las aguas residuales corren unas cornisas. A lo lejos, se oye el barullo de la estación de bombeo.

Tras asegurarse de que el camino está libre, Nil salta y recupera el equilibrio en la cornisa. Con una mirada, invita a Polo a que haga otro tanto.

Polo toma impulso y salta a su vez. Sin perder tiempo, ambas ratas siguen avanzando hacia el sur. Polo no deja de pensar en los acontecimientos de la mañana. Querría retroceder en el tiempo, volver a aquel momento apacible en que contemplaba el puerto... Quizá los de su tribu estaban vivos aún y todo era posible.

Al llegar a un recodo del canal, Nil trepa por un tubo grueso de hormigón que sube en cuesta poco empinada. Polo se encarama también por ese mismo tubo y nota en las patas un calor difuso.

En este lugar, los olores son tan fétidos que la garganta pica. Una red complicada de tuberías metálicas y de cables eléctricos forrados se ramifica y va hacia la superficie. Los hombres no están lejos. Nil olfatea cuidadosamente las paredes. Parece sentir alivio al volver a un sitio familiar que lleva la marca del olor de su gente. La tribu de Nil reside debajo de un edificio y en un lugar en donde abunda la comida: detrás del cuarto de basuras.

Cuanto más se acercan a los cimientos del edificio, más despacio va Polo. Se siente incómodo ante la proximidad de esas ratas desconocidas. Ahora está lejos del puerto, le-

jos de todo cuanto conoce. Este sitio no huele ni a sal ni a pescado. No, este sitio huele a seres humanos, a gasolina y a carne podrida. ¿Qué va a hacer él en una tribu tan diferente de la suya?

A pocos centímetros de él, Nil se cuela por detrás de una chapa de cobre. Polo se queda quieto. Se siente en peligro. Nil, impaciente desanda lo andado. En la oscuridad, roza a Polo con la punta de los bigotes.

–Ven –insiste.

Lo empuja hacia la chapa de cobre, pero Polo se resiste. Las dos ratas recobran el resuello en la oscuridad, Polo nota cómo le late la sangre en las sienes. Nil es aún muy joven. No sabe con qué crueldad tratan a veces las ratas a sus semejantes. Polo ya ha presenciado combates a muerte entre las diversas tribus del puerto. Nadie se mete impunemente en madriguera ajena.

–No puedo entrar –susurra por fin–. Soy un forastero.

–Pero me has salvado la vida –replica Nil–. Y estás solo. Tú te escondes y yo les explico que...

De repente Nil da un respingo y endereza las orejas. Se queda quieta un momento, acechando los ruidos y los olores. También Polo nota un cambio en el ambiente, que procede del tubo de agua caliente. Llegan roces y chirridos desde la superficie de hormigón. Luego, a Polo se le mete por la nariz un fuerte olor a carne podrida y a sangre. Una corriente de aire que llega desde las alcantarillas le trae la señal de peligro. También Nil la ha captado. Empieza a temblar y a dar vueltas nerviosas en torno a Polo. Y exclama:

–¡No podemos quedarnos aquí! ¡Ven, hay otra salida!

Se cuela bajo la chapa de cobre. Polo se apresura tras ella sin vacilar.

Las dos ratas se meten en un agujero excavado en el suelo y no tardan en salir a una cavidad más ancha. Al fondo está la entrada de la madriguera de Nil. Y, por encima de sus cabezas, un corredor va cuesta arriba.

—¡Por ahí! —le indica Nil—. ¡Corre!

Polo roza los costados de Nil y se impregna de su olor. Luego le da la espalda y se adentra en el corredor. Ya ha tomado una decisión: ¡no piensa quedarse ahí!

La hembra joven lanza entonces dos chilliditos entrecortados de una frecuencia peculiar.

Polo se detiene en plena carrera y responde con dos chillidos idénticos. Esa señal es posible que algún día les permita volver a encontrarse. Pero, de momento, Polo tiene que darse prisa. Huye por el corredor de tierra.

En ese preciso instante una horda de ratas ruidosas y malolientes entra a toda prisa en la cavidad. A la cabeza va un macho enorme de pelaje gris oscuro que se encamina, cojeando, a la entrada del nido. Es Akar, el jefe de la tribu de Nil. Todas las noches, sale de la madriguera en compañía de sus expedicionarios. Bajan a las alcantarillas agrupados, y lo van royendo todo a su paso. Se atreven con los tabiques de madera y con las paredes de ladrillo, nada los detiene. En cuanto se meten en los sótanos, se comen los víveres almacenados y ponen manga por hombro los cubos de basura. Se portan así para divertirse y para asustar a las ratas de otras tribus a quienes se les podría ocurrir aventurarse en su territorio.

Al pasar delante de Nil, Akar le lanza una mirada despectiva. No le gustan los débiles. Y Nil tuvo la debilidad de perderse durante la expedición. Su primera expedición. Y ella baja el hocico, sumisa.

Akar gruñe. Los otros machos se colocan en fila detrás de él y meten a rastras el botín en la madriguera. Nil se queda un rato mirándolos. ¡Ninguna de esas ratas habría tenido valor para arrojarse sobre el hombre, en el puerto! Ninguna habría tenido aquella mirada de infinita tristeza al ver cómo se hundía Memoná en el agua negra.

«Qué bien ha hecho Polo en escapar», piensa.



4 Los supervivientes

Entretanto Polo trepa por el corredor empinado. Hunde en el suelo las uñas como si fueran crampones. Pierde el resuello, pero siente alivio por haberse ido. No tarda en verse claridad en el extremo del corredor. Aprieta el paso y llega, al fin, a una losa de hormigón. Por encima de su cabeza, entra luz por una boca de alcantarilla. Como lleva varios días sin llover, la bajante está seca. Polo se encoge, luego se estira de golpe y salta hasta la abertura.

Cuando asoma el hocico se queda aterrado. ¡Allí mismo, ante sus ojos, hay decenas y decenas de humanos que van para todas partes! Los coches pasan al ras de la acera y rozan la boca de alcantarilla, dejando tras sí olor a gasolina y a neumáticos recalentados. ¡Es la calle!

Polo se repliega. Observa. ¡La calle es tan diferente del puerto! ¡Aquí todo va mucho más deprisa! Hay tantos hombres que parece que cuadriculan el terreno, como soldados.

Pero Polo no puede dar media vuelta. Aprovecha que el caudal de coches es menor para saltar fuera.

Ya en la acera, corre. Pies, piernas, ruedas de sillitas de niño, pies, piernas... Un torbellino de olores nuevos, de ruidos y de colores le asalta los sentidos. Pero sigue corriendo, al buen tuntún, hacia adelante. Algunos humanos gritan y se apartan a su paso; otros lo persiguen, intentan aplastarlo a taconazos. Por un momento, Polo piensa que está perdido: un hombre lo acorrala contra una pared y le pulveriza algo en el hocico. Empieza a picarle la piel y le arden los ojos. Consigue escapar de un brinco. Huye, salta, corre pegado a las paredes, con la angustia oprimiéndole el corazón. Por fin, sin aliento, divisa un tragaluz y se mete por él.

El tragaluz da a un sótano. Polo se acurruca en la parte de arriba de una estantería. Menos mal que los efectos del gas van a menos y la irritación deja de ser tan dolorosa. No tarda en recuperar el control de sí mismo. Olor a grano, a salitre y a fermentación le cosquillean en la nariz. Nota una opresión en el estómago. Tiene hambre.

Cuando se dispone a bajar de la estantería, ve otra rata. En ese momento, se siente capaz de pelear por la comida. Se queda quieto, los músculos se le tensan, se le acorta el resuello y una saliva amarga le inunda la boca. Va a saltar sobre su adversario. Pero de pronto entra otra rata en el sótano, ¡Y luego otra, y luego otra más! Por fin sale de un agujero de la pared toda una colonia de ratas negras. Polo renuncia a la pelea ante aquella profusión. No se atreve ya a moverse y observa, agazapado en la estantería. Unas tras otras, las ratas negras empiezan a roer la tela de un saco

de harina. Las crías, que no tienen experiencia, hunden el hocico en el polvo y salen blancas por completo, chillando de rabia, mientras que los adultos se sientan en los cuartos traseros y cogen la harina con las patas de delante.

Asistir a un festín tal ante los propios hocicos y sin poder participar en él es una tortura para Polo. Se da la vuelta y mira la calle por el tragaluz. El puerto no está ya tan lejos. No cabe duda de que allí, incluso solo, encontrará refugio y alimento.

Sale, pues, del sótano y sigue corriendo como un loco por las calles. El peligro y el hambre le dan alas. Sorteando los coches y se esconde detrás de los cubos de basura que hay en las aceras. No se toma tiempo para examinarlos porque teme que algún hombre aproveche la ocasión para atraparlo. El olfato le indica la dirección en que está el puerto.

Cerca de las dársenas, cruza un solar y, luego, las vías de un ferrocarril. Allí encuentra por fin unos pocos desperdicios que puede roer: papeles grasientos que han tirado al suelo, colillas de cigarrillos, mondas que huelen a carne. Tras calmar un tanto el hambre, se apresura hacia una explanada de asfalto. El olor del mar lo atrae como un imán. A lo lejos, intuye las siluetas macizas de las grúas y de los mercantes. Ya no tiene miedo.

Al llegar al muelle, se esconde detrás de unos cajones apilados y observa su cobertizo. La chapa, que blanquea la sal, brilla al sol. Lo espolea el deseo de volver a ver aquel lugar y trota hasta la abertura, detrás de la chapa torcida.

Dentro, vuelve a notar ese olor raro y seductor que flotaba en su madriguera. Desconfiado, no se mete por la

tubería, sino que pasa, bajo una lona, por detrás de una pila de tablones. Da la vuelta completa al cobertizo, pero no encuentra nada. Su gente no ha dejado rastro alguno. Es como si se hubiera volatilizado.

Pero, de pronto, Polo oye unos chillidos. ¡Son gritos agudos y vigorosos de crías de rata! Salen de debajo de la lona.

Polo se cuela por allí. Entre herramientas y piezas de motor, encuentra a tres ratitas pegadas unas a otras. Las huele. ¡Son crías de su tribu!

–¿Qué hacéis aquí? –pregunta estupefacto.

Fuerza la memoria y recuerda cómo se llaman: los dos machos, Hog y Coben; la hembra, Tiel. Son de la misma camada. Aún son pequeños, pero pueden ya alejarse de su madre: eso es sin duda lo que les ha salvado la vida.

Tras disiparse el primer temor, las crías reconocen el olor de Polo y acuden a frotarse contra él.

–Tenemos hambre –se queja la hembra.

–Llévanos otra vez al nido –suplica Hog.

Polo niega con la cabeza. A lo mejor debería abandonarlos a su suerte; eso es lo que haría cualquier otra rata. Pero le falta valor. ¡Son tan pequeños! Polo sabe que esas crías no sobrevivirán mucho fuera de una tribu. Lo más urgente es irse del sitio aquel antes de que vengan los hombres a buscar sus herramientas de trabajo.

Les indica la salida empujándolos con la punta del hocico y los hace ir hacia la chapa torcida. ¿Dónde los lleva? ¿A las alcantarillas? ¿A la calle?

Ya al aire libre, las tres crías se dan empujones. Encuentran un trozo de cordel viejo, se lo arrebatan para roerlo y

lanzan chillidos despreocupados. A esa hora, en el puerto el sol pone a los barcos un nimbo de luz naranja. Todo parece tan apacible... Pero Polo sabe que pueden presentarse incontables peligros. Si no encuentra un refugio para las crías, corren el riesgo de morir.

Se para a pensar. Todo cuanto le está ocurriendo desde por la mañana es tan perturbador, tan inquietante. También para él sería un alivio poder dormir en un nido. Pero sólo las hembras saben cómo se construye un nido. Está claro que Polo sólo ve una solución. «Es arriesgado, pero ¿qué se le va a hacer?», piensa.

Reúne a las crías y les mete prisa hasta la boca de alcantarilla que está detrás del cobertizo.

–Venid –dice.

Y se va del puerto mientras piensa que su vida anterior pertenece ya al pasado.

5 El rey de los espabilados

Polo intenta recordar el camino. ¿Por dónde lo llevó Nil? ¿Iba hacia el sur o hacia el oeste? Tiene recuerdos confusos. Sin gran confianza hace entrar en la oscuridad a las tres crías. Van durante un rato por tuberías estrechas. Según avanzan, a Polo le da la impresión de que reconoce el camino.

Los pequeños, que lo van siguiendo, han vuelto a sus juegos. La aventura los encandila y ya no piensan sino en divertirse. Tiel y Hog se persiguen y se empujan, con peligro de caerse. Polo les suelta una patadita para avisarlos. Las dos ratitas agachan las orejas y se apaciguan.

Por fin, tras muchos titubeos, llegan al canal.

«Sí, es este canal –se dice Polo–. Parece más ancho y con más agua, pero debe de ser éste.»

Al llegar al final de la tubería gruesa de hormigón, les enseña a las ratitas cómo hay que saltar hasta la cornisa

que corre a lo largo de la corriente. Tiel y Coben consiguen reunirse con él. Pero Hog toma impulso con torpeza, le resbalan las patas y cae al agua. Polo lanza un chillido agudo y mira fijamente la superficie. Hog no tarda en asomar.

–¡Ponte a nadar! –le grita Polo–. ¡Te recogemos más abajo!

Hog es un nadador excelente, como todas las ratas. Con el hocico a flor de agua, intenta arrimarse a un lado del canal. Pero la corriente tiene demasiada fuerza; lo arrastra a velocidad cada vez mayor. Por mucho que Polo y las otras dos ratitas corran por la orilla van perdiendo terreno. Y, de pronto, en un recodo del canal, pierden de vista a Hog.

Polo se vuelve hacia Tiel y Coben.

–¡Saltad! –ordena.

Se arroja al canal sin vacilar y deja que lo lleve la corriente. En pos de él, las dos ratitas se zambullen también.

El agua del canal es negra, viscosa y fría. En la superficie flotan residuos que se enredan en torbellinos pequeños. Tras el recodo, el canal se interna en un túnel de piedra que huele a musgo y a orines. Polo mueve las patas delanteras para avanzar más deprisa. Pero está demasiado oscuro para poder localizar a Hog.

De repente, se da un golpe violento en la cabeza contra un obstáculo. Lanza un grito de dolor. También Tiel y Coben tropiezan contra esa superficie rígida. ¡Es una tela metálica que impide el paso! Hog ha caído en la misma trampa. Se aferra con las uñas al pelaje de Polo mientras la corriente los aplasta contra la tela metálica, que impide el

paso también a gran cantidad de basura: latas de conserva, botellas de plástico, ramas, papeles y materias esponjosas que ya no es posible identificar y forman algo así como un pegamento en que se traban las ratas.

–¡Hay que pasar por debajo! –exclama Polo.

Se sumerge y baja, pegado a la tela metálica. ¡Está sellada en el suelo del fondo! Es imposible pasar. Con los afilados dientes intenta roerla, pero no tarda en desanimarse y sube a la superficie a respirar. Los objetos que arrastra el agua llegan como proyectiles. ¡Hay que largarse!

Polo explica a las ratitas que tienen que intentar volver atrás. Nadan un rato contracorriente, entre el estruendo ensordecedor de los remolinos. Pero las ratitas son demasiado pequeñas y no tienen fuerza suficiente. Se les agotan las fuerzas y vuelven a quedarse pegadas a la tela metálica. En el preciso instante en que Polo nota que lo invade el pánico, oye, por encima de su cabeza, un gruñido. Un gruñido y, luego, un chillido de rata. Alza la vista.

Precisamente en la vertical del obstáculo lo está mirando una rata. Polo la ve porque por una boca de ventilación entra un débil resplandor. Está encaramada, allá arriba, en un conducto seco y mira la escena con expresión divertida.

–¿Tenemos problemas, eh? –pregunta.

Polo lanza un grito. El desconocido se limita a indicarle el montón de basura que va creciendo contra la tela metálica. ¡Claro! ¡Lo que hay que hacer es salir de aquel maels-trom por arriba!

Polo nada hasta Hog y empieza a empujarlo con el hocico hasta que la ratita se agarra a una rama seca. Luego

consigue que llegue algo más alto. La ratita aferra el primer peldaño de la escalera que recorre el conducto vertical.

–Muy bien, niño –dice el desconocido–. Por aquí.

Mientras Hog avanza, Polo saca del agua a Tiel y a Coben. En equilibrio encima del montón de residuos, mira cómo trepan por los peldaños. Y, cuando por fin están las tres ratitas fuera de peligro en el conducto seco, Polo se reúne con ellas en un abrir y cerrar de ojos. Chorreando, se encuentra cara a cara con aquella rata tan peculiar, que lo mira con ojos maliciosos. Parece un poco mayor que Polo y, bajo el pelaje marrón claro, se intuyen unos músculos recios.

–Gracias –dice Polo, recobrando el aliento.

Sin perder tiempo, se vuelve hacia las ratitas:

–Ahora tenemos que seguir adelante.

La rata marrón suelta un silbidito:

–Qué prisa lleváis –se asombra–. Pero si estos niños están rendidos...

–¡Y hambrientos! –especifica Tiel con tono de cansancio.

La rata apunta hacia el exterior con el hocico. Le brillan los ojos.

–¿Y que os parecería una buena comilona?

Las tres ratitas miran a Polo, que titubea. Aquel desconocido tiene unos modales arrogantes que le desagradan... pero se desprende de él un fuerte olor a cubo de basura y a carroña: una mezcla que parece indicar, efectivamente, que conoce los sitios en los que abunda la comida.

La rata mayor, insistente, alza la cabeza hacia la superficie y olfatea. Se le estremecen los bigotes.

–Me llamo Regus –dice–. Regus, el rey de los espabilados.

Y, de golpe, le da la espalda a Polo y se mete por una galería que va cuesta arriba. Las tres ratitas prestan oído sólo a su estómago y se van detrás de él. Polo suspira, derrotado. A fin de cuentas, la rata marrón no parece tener malas intenciones. Y, puestos a ser sinceros, también Polo está muy necesitado de recobrar fuerzas.



6 En el paraíso de las ratas

El primero en salir de la alcantarilla es Regus. Tras asegurarse de que no hay peligro, hace señas a los demás para que lo sigan. Polo y las ratitas se ven entonces en un patio trasero que cercan unos muros altos y ciegos. Hace mucho que es de noche, pero las luces de la calle vecina alumbran el sitio. Decenas de ratas trotan por el patio, atareadas con los residuos. Un contenedor de basura gigantesco preside el lugar, pegado a la pared del fondo. «¡Menudo sitio!», se dice Polo, aspirando el olor a carne podrida que flota gratamente en el aire.

–Todos los restaurantes del barrio tiran las sobras en este contenedor –explica Regus–. Mientras no haya gatos ni perros estamos tranquilos.

Pero Polo no se fía: las otras ratas podrían atacarlos para defender su territorio. Contiene a Tiel, que estaba a punto de lanzarse al ruedo inocentemente.

Pero Regus cruza el patio. Parece estar como en su casa. Se sube a una pila de cajas de fruta viejas, se cuelga luego del canalón y se mete de un salto en el contenedor. Las demás ratas ni se inmutan. Polo y las crías se adelantan entonces tímidamente.

–¡No tengáis miedo! –los anima Regus, volviendo a asomarse por el borde del contenedor–. Sois invitados míos. ¡Las demás no se meterán con vosotros!

Polo y las ratitas se encaraman a las cajas y se tiran al contenedor. Sólo está lleno hasta la mitad, pero lo que hay allí es especialmente tentador: trozos de pizza, carcasas de pollo en las que aún quedan unos cuantos jirones de carne, cabezas de pescado casi frescas, pan revenido y todo tipo de papeles y de tronchos, que no dejan de ser comida como es debido. Las ratas pululan entre la basura. Algunas están flacas y peladas, y otras gordas como animales de laboratorio. Pero no son agresivas.

Mientras las ratitas le hincan el diente a un hueso de cerdo, Polo se reúne con Regus. Durante un rato, zampan en silencio todo cuanto encuentran. Para una rata no hay mejor manera de trabar conocimiento que compartir un festín.

–¿Dónde piensas ir con los tres niños? –pregunta por fin Regus.

–Teníamos una tribu en el puerto –explica Polo–. Los demás están muertos. Tengo que encontrar un refugio para esas ratitas.

Con los bigotes relucientes de grasa, Regus mira a Polo muy interesado. Éste le cuenta entonces lo que había

pasado: la muerte de Memoná, su misterioso recado, el olor extraño que había en el cobertizo...

–Un olor desconocido... –repite Regus–. Ejem...

Y sigue descuartizando su trozo de carne con expresión pensativa mientras Polo continúa:

–Los llevo a una tribu nueva. Estaba intentado volver a dar con el camino, pero me perdí.

A Regus le vuelve en el acto la mueca burlona.

–¡Una tribu! –dice soltando la carcajada–. ¿Y para qué?

Polo le lanza a su compañero una mirada sorprendida. Nunca había conocido a una rata tan rara. Sus antepasados le enseñaron, de toda la vida, que la única manera de sobrevivir era integrarse en una comunidad y atenerse a sus pautas. Una rata sin tribu está condenada a una muerte segura. Y resulta que tiene delante a una rata que no ve las cosas de la misma forma.

–¿Vives solo? –se atreve a preguntar.

Regus se sienta en los cuartos traseros y empieza a lamerse las patas.

–Eso de vivir en grupo está bien para los tontos –afirma.

Luego le refiere a Polo su vida de rata solitaria, la libertad y la embriaguez de ir adonde le parezca, sin tener que preocuparse más que por su gusto y su comodidad. A Polo no le queda más remedio que reconocer que Regus no parece muerto de hambre ni con mala salud. E incluso brota de él cierto regocijo. A fuerza de vivir solo y sin ataduras, se conoce toda la ciudad: las alcantarillas, por supuesto, pero también la superficie, los peligros de la calle, las trampas que tienden los hombres.

–Los hombres recurren a su inteligencia para combatirnos –dice Regus–. Me divierte burlar sus inventos.

Polo, desconcertado, mete la cabeza en una caja de cartón y saca una corteza de pizza que es un hervidero de gusanos blancos. Le hinca el diente en el acto sin dejar de mirar a Regus de reojo. ¡Está claro que no es una rata corriente! Y resulta que a lo mejor tiene razón y todo.

Pero, de pronto, unos chillidos lo sacan de sus pensamientos: Hog acaba de robarle la ración de pescado a Tiel y ha empezado una refriega. Tiel se le arroja al lomo a Hog. Lo araña y lo muerde con fuerza. Hog se revuelve y manda, rodando, a su hermana hasta lo hondo del contenedor, entre los papeles grasientos. Polo mira a Regus:

–No puedo vivir sin tribu. Ahora tengo que cuidar de estas ratitas. Y debo protegerlas.

–Como quieras –suspira Regus–. ¿En qué tribu querías refugiarte? Yo te llevaré, las conozco todas.

–En el puerto conocí a una hembra joven. Se llama Nil.

Al oír el nombre, se le ensombrece la expresión a Regus.

–¿Nil? ¿De la tribu de Akar?

Polo asiente con la cabeza. Regus parece turbado, pero no hace ningún comentario. Asoma el hocico fuera del contenedor. Está a punto de amanecer.

–Akar y sus expedicionarios no tardarán en regresar de su correría nocturna. Si de verdad quieres probar suerte con ellos tienes que irte ya.

Polo reúne a las tres ratitas que, aturdidas por haber comido tanto, se están cayendo de cansancio. Tiene que

ponerse muy enérgico para convencerlas de que hay que salir del maloliente paraíso del contenedor.

Por fin saltan las ratitas a los adoquines del patio. Polo se lleva, al pasar, una cabeza de pescado. Piensa regalársela a Nil; es lo menos que puede hacer. Regus abre la marcha. Ya bajo tierra, lleva a Polo desde la canalización hasta la chapa de cobre que señala la entrada de los dominios de Akar.

–Aquí me quedo –dice–. Pero que no se te olvide que en caso de necesidad puedes encontrarme por las inmediaciones.

Polo se dispone a hacer que entren las ratitas tras la chapa de cobre cuando Regus vuelve a llamarlo:

–No le hables de mí a nadie. Ni siquiera a Nil. ¡Tú a mí no me conoces!

Sin intentar comprender el porqué, Polo promete guardar el secreto. Se desliza hacia la madriguera sin soltar el pescado. Las ratitas trotan delante de él.

–No te fíes de Akar –añade Regus.

Y, luego, se vuelve a su vida solitaria en la oscuridad anónima de las alcantarillas.

